

hace veinticinco años

OPERACION BARBARROJA



Goering, Hitler y Keitel estudian detenidamente la operación Barbarroja en un gran plano de Rusia. El día 21, los primeros alemanes entran en la URSS.





El día 22 de junio de 1941 el ejército alemán, sin una previa declaración de guerra, invadía la Unión Soviética, penetrando rápidamente en dirección a Leningrado, Moscú y Kiev, al mando de los mariscales de campo Von Leeb, Von Bock y Von Rundstedt. El mismo día, Molotov expresaba la sorpresa de los dirigentes rusos con estas palabras dirigidas al pueblo soviético: «Un acto de perfidia sin precedentes en la historia de las naciones civilizadas».

Hitler había decidido atacar a Rusia el 18 de diciembre de 1940, cuando comunicó a los Estados Mayores un plan completo en tal sentido. La operación recibió el nombre cifrado de Barbarroja y realmente hizo honor a su nombre, pues hasta las barbas de los hombres se tiñeron de sangre.

La famosa Orden 21 empezaba diciendo: «Los ejércitos alemanes han de estar preparados para vencer a la Rusia soviética en una campaña rápida (operación Barbarroja), incluso antes de la terminación de la guerra con Inglaterra». Efectivamente, durante el invierno y el otoño de 1941 los preparativos de la Wehrmacht y de la Luftwaffe se aceleraron febrilmente.

Un día antes de la invasión, el ministro de Relaciones Exteriores, Von Ribbentrop, se reunía con sus más íntimos colaboradores de la Wilhelmstrasse. El hombre que veintinueve meses antes había regresado de Moscú con el pacto de no-agresión germano-soviético en el bolsillo y declarara: «El tratado con Stalin nos guarda las espaldas e impedirá que estalle una guerra de dos frentes, que ya una vez costó a Alemania su ruina. Considero este pacto como la coronación de mi política exterior», afirmaba ahora con voz firme y marcando bien las sílabas: «El führer tiene noticias de que Stalin marcha contra nosotros para atacarnos en un punto favorable...». Años más tarde, en mayo de 1945, el propio Stalin reconocería a Harry Hopkins, el emisario especial de Roosevelt: «Nosotros llegamos a confiar en ese hombre». Que fuera cierto o no, es lo de menos. El hecho es que las fronteras estaban desguarnecidas... y los tanques de Hoth y Guderian se plantaron en unas semanas ante las mismas puertas de Moscú. **SIGUE**

¿el este o el oeste?

Desde el momento en que Hitler llega al poder comienza el rearme alemán. En medio del mayor entusiasmo los accionistas de las grandes empresas industriales acordaban cambiar los nombres de sus fábricas, de acuerdo con la nueva situación. Los Krupp y los Thyssen se convertían en los principales productores de cañones y tanques del mundo. Los millones de parados eran reabsorbidos artificialmente por el gigantesco esfuerzo bélico. La propaganda de Goebbels preparaba psicológicamente al pueblo alemán para la guerra.

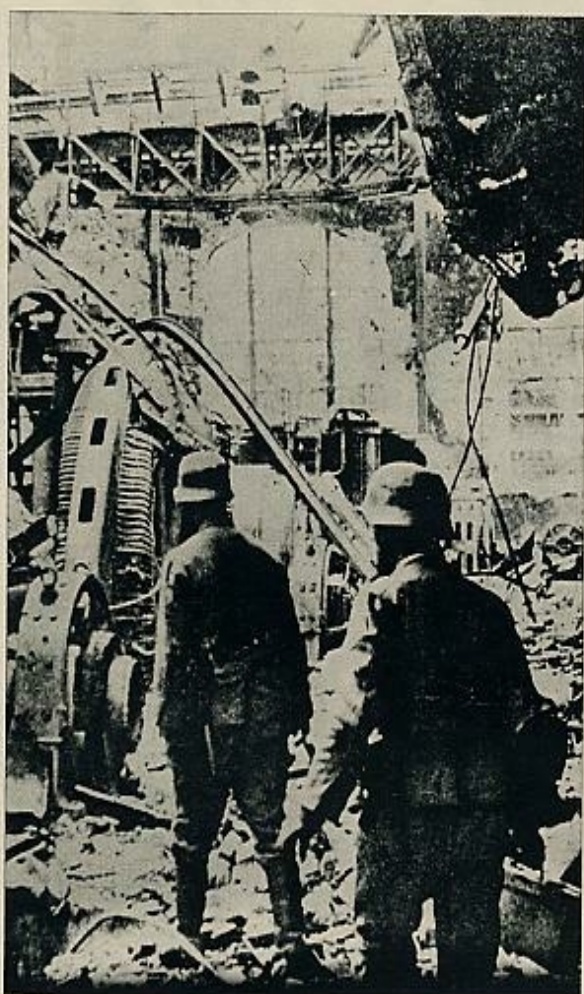
Las cancillerías europeas estaban convencidas de que, tarde o temprano, los nazis atacarían. La única incógnita era la dirección que escogería Hitler para lanzar su primer golpe. ¿El Este o el Oeste?

Sobre esta incógnita giraría toda la estrategia diplomática de las naciones europeas. Ninguna de ellas quería ser la primera víctima.

A principios de 1937 tres grandes grupos de intereses se enfrentaban en el escenario europeo. En el Oeste, Francia e Inglaterra, con sus enormes extensiones coloniales de África y Asia; en el centro, la Alemania nazi y sus aliados del pacto anti-Komintern (Italia, Japón, etc.); y, por último, en el Este, la Unión Soviética, único país socialista por aquel entonces. A su vez, estos tres «bloques» representaban a las tres grandes corrientes ideológicas que, en aquella época, movían a los pueblos: la liberal burguesa, la fascista y la socialista.

Desde octubre de 1935, con la invasión de Abisinia por las tropas italianas, las agresiones fascistas se suceden sin interrupción. En marzo del 36, el ejército alemán ocupa la zona desmilitarizada del Rin. Justo dos años después las tropas nazis entraban en Viena, imponiendo a la fuerza el soñado Anschluss de la Gran Alemania. Las democracias occidentales permanecen silenciosas y aterrorizadas ante las ansias expansionistas del III Reich. En Munich se prescinde de Stalin y se entrega a Hitler Checoslovaquia.

En el otoño de 1937, lord Halifax (el mismo hombre que años más tarde buscaría el paranoico Hesse en su alucinante viaje solitario a Inglaterra) se desplazaba a Berlín «para explicar a Hitler el deseo del Gobierno británico de llegar cuanto antes a un pacto del Oeste como garantía de la seguridad y el statu quo en esta parte de Europa». Por su parte, Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores francés, firmaba en diciembre de 1938, en París, con Von Ribbentrop, un pacto franco-alemán «con la esperanza de dirigir el expansionismo alemán hacia el Este». Al día siguiente de entrar los alemanes en Praga, la Federación de Industrias Británicas firmaban un convenio en Dusseldorf con la gran industria alemana. Stalin, por su parte, era consciente del terrible peligro que se cernía sobre el primer país socialista del mundo. Su desconfianza con respecto a las democracias occidentales crecía por momentos. Aparecía clara la gran jugada con la que soñaban las clases conservadoras europeas, dirigidas por el partido de la paz de Neville Chamberlain: un enfrentamiento brutal entre Hitler y Stalin. Al final, con la autodestrucción de los dos colosos, Francia y, sobre todo



De izquierda a derecha: Neville Chamberlain —premier inglés—, Eduard Daladier —jefe del Gobierno francés—, Hitler, Mussolini y el conde Clano, en el acto de la firma del pacto de Munich. Poco después, dos escenas de guerra. A la izquierda, los alemanes avanzan victoriosamente. A la derecha, la Wehrmacht acaba de ocupar una fábrica de Stalingrado.



Nos encontramos en 1941. Los tanques alemanes de Guderian y Hoth, lanzados en cuña, recorren cientos de kilómetros diarios por la planicie rusa. Después...

Inglaterra quedarían como únicos árbitros de la suerte de Europa.

Sin embargo, el «hombre del paraguas» tomaba sus deseos por realidades. «El enemigo número uno de Alemania, para Hitler como para la Wehrmacht, era Francia. La invasión de Francia era, además, la única campaña que podía unir al pueblo alemán». Alsacia y Lorena estaban clavadas en la conciencia nacionalista alemana.

el pacto germano-soviético

Pero antes de lanzar su fulminante y victoriosa campaña de junio contra Francia, que le abriría las puertas de París, Hitler necesitaba cubrirse las espaldas. Y a su espalda estaba precisa-

mente Stalin. Olvidando el pacto anti-Komintern y la propaganda anti-roja de tantos años de fobia anti-bolchevique, Hitler buscaba ansiosamente una entente con Stalin. En la carta que Hitler dirigió a Stalin se puede leer: «La conclusión de un pacto de no-agresión con la Unión Soviética significa para mí el establecimiento de unas relaciones para un largo período de tiempo». La ansiedad de Hitler por recibir una respuesta afirmativa de los rusos llegó a tal extremo que estuvo a punto de sufrir un colapso. A pesar del escándalo moral que produciría en no pocos demócratas y socialistas europeos, Stalin aceptó inmediatamente, pues ello significaba —según justificó más tarde, dirigiéndose al pueblo ruso en julio de 1941— «una oportunidad para pre-

par nuestras fuerzas de un eventual ataque de los fascistas alemanes y significativo, además, un año y medio de paz para nuestro pueblo». El evitar, o por lo menos aplazar, un choque con Alemania era para la Unión Soviética una cuestión de vida o muerte. Evidentemente, Stalin no se fiaba de los occidentales, pues le habían dado motivos para ello. Por otra parte, la política exterior socialista partía de una situación de aislamiento que duraba desde la revolución de octubre. No estaba preparada, ni militar ni industrialmente, para hacer la guerra. Temía un segundo frente por la retaguardia, amenazada por el Japón. Así pues, necesitaba ganar tiempo como fuera.

Hay que tener en cuenta además que Alemania no quería la guerra con Inglaterra. Pero la política nazi de agre-

sión a Polonia y Francia impedía cualquier acuerdo con el Imperio Británico. En diversas ocasiones —sin incluir el aterrizaje de Hesse en Escocia—, los nazis intentaron que los ingleses permanecieran neutrales. Cuando, al terminar el invierno de 1940-41, la ofensiva aero-naval alemana había fracasado y la operación de invasión de las Islas Británicas (Operación León Marino) había sido definitivamente abandonada, la diplomacia de Ribbentrop inició un último y desesperado esfuerzo para entenderse con Churchill, presentándose ante éste como los campeones del anti-comunismo e intentando convencerle de la necesidad de llevar a cabo una cruzada anti-bolchevique para salvar los valores de Occidente y la cultura europea. Pero ya era demasiado tar-

SIGUE

de. Al día siguiente de entrar las tropas alemanas en Rusia, Winston Churchill, después de consultar a los Estados Unidos, anunciaba por radio, en un importante discurso, que desde ese momento Inglaterra era la aliada de la Unión Soviética...

Parece evidente concluir, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido desde entonces, que el enfrentamiento de Hitler con las potencias del Occidente europeo se debió a la existencia de profundas contradicciones de intereses en el seno del mundo capitalista. Los jefes nazis, en el transcurso del proceso de Nuremberg, insistían machaconamente en que el verdadero enemigo (peligroso) no era el fascismo, sino el bolchevismo. En el fondo era lo mismo que Hesse intentó decir a lord Halifax cuando su extraño vuelo a Inglaterra. Churchill, por su parte, conocía perfectamente lo que significaba la Unión Soviética como amenaza continua para el sistema establecido y no tardaría mucho en lanzar un violento discurso —en Fulton—, que iniciaría la guerra fría, bajando el «telón de acero». Pero no es menos cierto que, en 1939-40, mientras la Unión Soviética era un peligro potencial, con una industria de guerra incipiente y poderosas simpatías entre las clases populares de Occidente, la Alemania nazi era una nación armada hasta los dientes, con apetencias de expansión territorial insaciables, agresiva, es decir, un peligro actual y real.

fue difícil...

«Cuando este frente, el más grande de la Historia, se ponga en movimiento, no es de suponer que se persiga como finalidad la terminación definitiva de una guerra o la protección de las tierras afectadas en estos momentos, sino salvar a toda la civilización y cultura europeas». «¡Soldados alemanes!, la existencia de nuestro pueblo está en vuestras manos». Con el tono de voz y el ademán patético de las grandes horas trágicas, Hitler arengaba a sus soldados, lanzándolos al frente del Este.

Uno de los cronistas cuenta de manera realista el comienzo mismo de las hostilidades: «Sincronizados todos los relojes, sus manecillas señalaron de pronto las 3 y 15 minutos. En el mismo instante, como si se hubiese establecido un contacto eléctrico, fulguró en la noche un rayo gigantesco. Se destaparon las bocas de fuego de las armas de todos los calibres. Cruzaron el horizonte los cohetes luminosos de la artillería antiaérea. Como un rodillo pasó el trueno arrollador por encima de la torre de Volka Dobrynska. El ulular de las baterías lanzadoras de cohetes se mezcló con el horrendo tronar de los cañones. Al otro lado del río Bug —que servía de frontera desde el pacto de no-agresión— surgió un mar de humo y fuego. La paz había muerto. La guerra exhaló su primer hedor, horrible y funesto».

Desde el principio, y a pesar de la inferioridad numérica y material, la resistencia de los rusos fue encarnizada. Después de la guerra, el escritor Smirnov publicó un pequeño relato titulado «En busca de los héroes de Brest-Litovsk». En la recogida de material original para su libro, Smirnov encontró en las paredes de las casamatas inscripciones como éstas: «So-



Los soldados alemanes, cual monstruos helados, inician su napoleónica retirada. En la foto de abajo, un tanque alemán se abre paso con cierta dificultad.

mos tres moscovitas: Ivanov, Stepanchikov y Schuntiaev. Defendemos esta iglesia y hemos jurado no capitular. Julio de 1941». Más abajo dice: «Estoy solo. Stepanchikov y Schuntiaev han caído. Los alemanes han entrado en la iglesia. Me queda la última granada de mano, pero no me van a atrapar vivos». O esta otra, más intelectual: «Fue difícil, pero no perdimos los ánimos y morimos».

Hasta el XX Congreso del P. C. U. S. no se supo toda la verdad. En aquella ocasión, Krutchev reveló un dato importante: «La víspera de la invasión, un ciudadano alemán atravesó las líneas e indicó que el ejército alemán había recibido la orden de lanzar la ofensiva contra la Unión Soviética en la noche del 22 de junio, a las tres de la madrugada. Stalin fue informado inmediatamente, pero esta advertencia fue ignorada».

Como fueron ignoradas otras advertencias anteriores proporcionadas con todo lujo de detalles por diferentes personas. El 3 de abril, sir Stafford Cripps, embajador de Su Majestad Británica, advertía a los rusos de las intenciones nazis. El 6 de mayo, los agregados militares soviéticos en Berlín, Vorontsov y Khopov, adelantaban la fecha del día 15 como día de la invasión. El agregado de prensa de la Embajada alemana en el Japón, Sorge (el espía del siglo), transmitía a Moscú los pormenores de los planes de invasión alemana. Sin embargo, Stalin no creyó a ninguno. Le parecían informaciones demasiado exactas para ser ciertas. Estaba convencido de que se trataba de provocaciones —principalmente de los ingleses— para que se enfrentara con Alemania. Stalin quería ganar tiempo como fuera. Poner a punto su industria de guerra. Cualquier gesto de fortalecer las fronteras podría ser tomado como una provocación por Hitler. En todo caso, sólo se puede comprender la postura de Stalin si se conoce lo que significaba para los dirigentes rusos la palabra «provocación», después de veinte años de sufrir provocaciones y aislamiento. A este respecto escribe el mariscal Jerezenko en sus Memorias: «Stalin, como Jefe de Estado, creía de buena fe en el acuerdo con Alemania..., consideraba que las informaciones relativas al inminente ataque alemán no eran sino mentiras y provocaciones por parte de las potencias occidentales, a las que suponía deseosas de malbaratar las relaciones entre la Unión Soviética y Alemania, para atraernos a la guerra».

el pueblo ruso

Uno de los críticos militares más famosos del mundo occidental, el inglés Liddle Hart, escribe en su libro «The Soviet Army» que la salvación de los soviéticos hay que atribuirla, sobre todo, a la resistencia y tenacidad de los soldados rusos, su espíritu de sacrificio y tesón de continuar luchando en unas circunstancias en que hubiese sucumbido cualquier ejército occidental. Adolfo Hitler y sus eminencias del Estado Mayor no tuvieron en cuenta esta impresionante voluntad de luchar del pueblo ruso. Menospreciaron al enemigo, considerándolo inferior humana y técnicamente. No creían en su capacidad de recuperación después de haber sufrido, al principio, tantas derrotas.

Con los alemanes a las puertas de Moscú, Stalin **SIGUE**

Una dura escena de guerra. Los soldados soviéticos defienden encarnizadamente una posición clave. Los heridos son atendidos en el mismo campo de batalla. Abajo, los rusos inician la Gran Ofensiva que les llevará a las puertas de Berlín. Los hombres, como racimos, se protegen tras los carros de combate en su incontenible avance.

OPERACION BARBARROJA





Dos alpinos rusos rompen las alambradas de las líneas alemanas. Abajo, un guerrillero soviético en el momento de atravesar un río en misión de reconocimiento.



OPERACION BARBARROJA

trasladó su Gobierno a Kulbishev y decidió permanecer en la sitiada capital. Se dirigió a su pueblo en un electrizante discurso en el que afirmó que detrás de Moscú no había tierra para los rusos.

Pero la verdadera tumba del ejército alemán fue Stalingrado —hoy Volgogrado—. Hitler, en contra de la opinión de sus generales, había ordenado que fuese conquistada costase lo que costase. Y lo que le costó fue la pérdida de la guerra. La batalla por la ciudad terminó con una tremenda victoria de los soviéticos. Habían muerto cien mil alemanes y noventa y un mil cayeron prisioneros, entre los que se encontraba el mariscal de campo Federico von Paulus. A partir de entonces, la contraofensiva rusa fue sistemática, ordenada y llevada a cabo con una precisión matemática. A principios de 1945, los mariscales Zhukov y Koniev cerraban

la tenaza en torno a Berlín. La resistencia de los últimos reductos nazis fue verdaderamente épica. Durante veinte terribles días, nazis y soviéticos combatieron en las calles, en los edificios, en los túneles del metro.

Sin embargo, la frenética y suicida resistencia nazi no pudo contener el avance ruso hacia los objetivos claves de la capital. El primero de mayo de 1945, ondeaba la bandera roja en la Puerta de Brandenburgo y en el lugar donde estuvo el Reichstag. De esta forma terminaba el episodio más sangriento de toda la historia de la Humanidad y comenzaba un nuevo período para los hombres. Parte de los acontecimientos vividos por nosotros desde entonces tienen su origen y su explicación en aquellos acontecimientos que transformaron la faz de la tierra.

(Fotos NEW SERVICE ZARDOYA y ARCHIVO)



Churchill, Truman y Stalin se felicitan después de la conferencia de Postdam.



En el frente del Cáucaso... Un destacamento ruso se lanza al ataque. El tanque de la derecha —alemán— acaba de ser destruido por la acción de un anti-tanque.